

Leslie Marmon Silko *Narradora*¹

Narradora (Storyteller)

Cada día el sol salía un poco más bajo en el horizonte, moviéndose más lentamente hasta que un día se sintió agitada y comenzó a llamar al carcelero. Se dio cuenta de que había estado sentada muchas horas, sin embargo el sol no se había movido del centro del cielo. Últimamente el cielo no había tenido buen color; había estado de un azul pálido, casi blanco, incluso cuando no había nubes. Se dijo a sí misma que no era buen signo que el cielo no se distinguiera del hielo del río, congelado sólido y blanco contra la tierra. La tundra se elevaba detrás del río, pero todos los límites entre el río y las colinas y el cielo se perdían en la densidad del hielo pálido.

Gritó de nuevo, esta vez algunas palabras en inglés que se le metieron al azar en la boca, probablemente maldiciones que les había escuchado a los perforadores de petróleo el invierno anterior. El carcelero era esquimal, pero no le hablaba a ella en yupik. Había observado que cuando la gente de las otras celdas le hablaban en yupik, él las ignoraba hasta que hablaban en inglés.

Se acercó y la miró. Ella no supo si él entendía lo que le estaba diciendo hasta que miró detrás de ella a la pequeña ventana alta. Miró el sol, se volvió y se alejó. Ella pudo oír tintinear las hebillas de sus pesadas botas de nieve al irse caminando hacia la parte delantera del edificio.

Era como los otros edificios que trajeron con ellos la gente blanca, los *gussucks*; edificios de la Oficina de Asuntos Indígenas y de la escuela, edificios portátiles que llegaban partidos al medio, en barcas por el río. Los cuadrados paneles de metal sobresalían con las capas de material aislante que tenían dentro. Había preguntado una vez qué era y alguien le dijo que era para mantener el frío afuera. Ella no se había reído entonces, pero lo hizo ahora. Fue hasta la pequeña ventana de vidrio doble y se rió a carcajadas. Pensaban que podían mantener el frío afuera con ese relleno amarillo fibroso. Miren el sol. No se movía; estaba congelado, atrapado en medio del cielo. Miren el cielo, sólido como el río con hielo que había atrapado al sol. No se había movido por largo tiempo; en unas pocas horas más estaría débil, y la escarcha pesada comenzaría a aparecer por los bordes y se extendería a través de la cara del sol como una máscara. Su luz era amarilla pálida, adelgazada por el invierno.

Podía ver que pasaba gente por los caminos tapados de nieve, saliéndoles el vapor del aliento de las capuchas de sus parkas, las caras ocultas y protegidas por gorgueras gruesas de piel. No había autos ni vehículos para nieve ese día; el frío había silenciado las máquinas. El metal se congelaba; se partía y resquebrajaba. El petróleo se endurecía y las partes móviles se atascaban sólidamente. Había visto que eso le sucedió el invierno anterior a las grandes máquinas amarillas y a las perforadoras gigantes cuando llegaron para perforar pozos de prueba. El frío las detuvo, y se quedaron indefensas.

Su aldea estaba a muchas millas río arriba de este pueblo, pero en su mente podía verla claramente. Su casa no estaba cerca de las casas de la aldea. Se encontraba sola en la rivera río arriba de la aldea. La nieve se había deslizado hasta los aleros del techo del lado norte, pero del lado oeste, junto a la puerta, el sendero estaba casi limpio. El verano anterior había clavado jirones de hojalata roja sobre los troncos. Lo había hecho por el color rojo brillante, no por agregar calor de la manera en que la gente de la aldea lo había hecho. Este invierno final se había estado acercando ya desde entonces; había habido signos de su acercamiento por muchos años.

¹ Selección y traducción de Gabriel Matelo para uso interno de la cátedra

Literatura Norteamericana

Fue porque sentía curiosidad acerca de las grandes escuelas a donde el Gobierno enviaba a las otras chicas y chicos. No había jugado mucho con los chicos de la aldea mientras crecía porque ellos le tenían miedo al viejo, y huían cuando llegaba su abuela. Fue porque estaba cansada de estar sola con la vieja cuyo cuerpo se había estado agarrotando desde cuando la chica tenía memoria. Sus rodillas y nudillos estaban grotescamente hinchados, y el dolor le había apretado la piel morena de la cara tirante contra los huesos; le dejó los ojos duros como las piedras del río. Una vez la chica preguntó qué era lo que le hacía eso a su cuerpo, y la vieja se había levantado de coser botas de piel de foca, y la miró fijo.

“Las articulaciones,” dijo la vieja en voz baja, murmurando como el viento a través del techo, “tengo las articulaciones hinchadas de rabia.”

A veces no contestaba y sólo la miraba fijo. Cada año hablaba menos y menos, pero el viejo charlaba más—a veces toda la noche, sin dirigirse a nadie más que a sí mismo; con voz suave y deliberada, contaba historias, moviendo sus lisas manos marrones encima de las mantas. No había pescado ni cazado con los otros hombres por muchos años, aunque no estaba tullido ni enfermo. Se quedaba en la cama, oliendo a pescado seco y orina, contando historias todo el invierno; y cuando llegaba el tiempo cálido se ubicaba en su lugar a la orilla del río. Se sentaba con una larga vara de sauce, removiendo el musgo ardiendo sin llama que había preparado en contra de los insectos mientras continuaba con sus historias.

El problema era que ella no había reconocido las advertencias a tiempo. No vio lo que la escuela *gussuck* le haría hasta que entró caminando al dormitorio y se dio cuenta de que el viejo no había mentido acerca de ese lugar. Pensó que estaba tratando de asustarla como solía hacerlo cuando era pequeña y su abuela estaba afuera cortando pescado. No le había creído lo que dijo sobre la escuela porque sabía que quería retenerla en la casa de troncos. Ya sabía lo que él quería.

La matrona del dormitorio le bajó los pantalones y la azotó con un cinturón de cuero porque se rehusaba a hablar inglés.

“Esos aldeanos atrasados,” decía la matrona, porque era una esquimal que había trabajado para la Oficina de Asuntos Indígenas por mucho tiempo, “dejaron que ésta se hiciera demasiado grande para aprender”. Las otras chicas murmuraban en inglés. Sabían cómo funcionaban las duchas, y se lavaban y ataban el pelo de noche. Comían comida *gussuck*. Ella se quedaba en la cama y se imaginaba qué podría estar cosiendo su abuela, y qué estaba comiendo el viejo en su cama. Cuando llegó el verano, la enviaron a casa.

La manera en que la abuela la había abrazado cuando se fue a la escuela había sido una advertencia también, porque la vieja no la había abrazado o tocado en muchos años. No como el viejo, cuyas manos estaban siempre cazando, como cuervos dando vueltas perezosamente en el cielo, listas para tocarla. No se sorprendió cuando el cura y el viejo se reunieron con ella en la pista de aterrizaje para decirle que la anciana había muerto. El cura le preguntó dónde quería ir a vivir. Se refirió al viejo como a su abuelo, pero ella no se molestó en corregirlo. Ya había estado pensando en eso; si se iba con el cura, la enviaría lejos a la escuela. Pero el viejo era diferente. Sabía que no la enviaría de nuevo a la escuela. Sabía que quería que se quedara con él.

Una vez le dijo que ella se volvería demasiado vieja para él más rápido de lo que él se volvería para ella; pero de nuevo no le había creído porque a veces mentía. Le había mentido sobre qué le haría si se acercaba a su cama. Pero en tanto pasaron los años, se dio cuenta de que lo que decía era verdad. Se volvió inquieta y fuerte. No tenía paciencia por el viejo que nunca había cambiado sus movimientos lentos y suaves bajo las mantas.

Literatura Norteamericana

El viejo se la pasaba en la cama todo el invierno; no la dejaba más que para usar el orinal en el rincón. Dormitaba con la boca un poco abierta; los labios temblaban y a veces se movían como si estuviera contando una historia incluso mientras soñaba. Ella se puso las botas de piel de foca, los mukluks forrados de franela rojo brillante que su abuela le había cosido, y ató los pompones de tejido rojo trenzado alrededor de sus tobillos sobre los pantalones grises de lana. Se subió el cierre relámpago de la parka de piel de lobo. Su abuela la había usado muchos años, pero el viejo dijo que antes de morir, le había dejado instrucciones de enterrarla con un pulóver negro viejo, y que le diera la parka a la niña. La piel de lobo era color crema y plata, casi blanca en algunas partes, y cuando la anciana caminaba por la tundra en invierno, se volvía invisible en la nieve.

Se dirigió caminando a la aldea, haciendo su propio sendero a través de la nieve profunda. Una trailla de perros de trineo atados fuera de la casa al borde de la aldea tironeaban de sus cadenas a los saltos para ladrarle. Siguió caminando, mirando el cielo atardecido en busca de las primeras estrellas de la noche. Estaba cálido y los perros estaban alertas. Cuando hiciera frío de nuevo, los perros se acurrucarían quietitos, demasiado adormilados por el frío para ladrar o tirar de las cadenas. Se rió en voz alta porque eso los hacía aullar y gruñir. Una vez el viejo la había visto azuzar a los perros y sacudió la cabeza; “Así que ese es el tipo de mujer que eres”, dijo, “en invierno nosotros dos no somos diferentes que esos perros. Esperamos en el frío a que alguien nos traiga un poco de pescado seco.”

Se rió en voz alta de nuevo, y siguió caminando. Pensaba acerca de los perforadores *gussuck*. Eran extraños; la miraban cuando ella pasaba caminando cerca de sus máquinas. Se preguntó cómo se verían debajo de sus pantalones forrados de plumón de pato; quería saber cómo se moverían. Serían diferentes al viejo.

El viejo le dio un grito. Ella sacudió los hombros con tanta violencia que se golpeó la cabeza contra la pared de troncos. “¡Lo olí!”, chilló él, “¡tan pronto como entraste! Estoy seguro ahora. ¡No me puedes engañar!” Las piernas flacas le temblaban debajo de los pantalones anchos de lana; se tropezó con las botas descalzo. Las uñas de sus pies eran largas y amarillas como garras de pájaros; ella había visto una grulla gris el verano pasado peleándose con otra en las aguas bajas de la orilla del río. Se rió en voz alta y le sacó el hombro por el que él la tenía agarrada. Se paró frente a ella. Respiraba fuerte y temblaba; se lo veía débil. Probablemente se moriría el próximo invierno.

“Te advierto”, dijo, “te advierto.” Luego se arrastró a su camastro, y metió la mano debajo de su vieja almohada sucia en busca de un trozo de pescado seco. Se recostó en la almohada, mirando al techo y masticando las tiras secas de salmón. “No sé lo que te dijo la vieja,” dijo, “pero va a haber problemas.” Miró a ver si lo estaba escuchando. Su rostro de repente se relajó en una sonrisa, sus oscuros ojos rasgados se perdieron en las arrugas de la piel morena. “Podría decírtelo, pero ya estás más allá de las advertencias. Puedo oler lo que hiciste toda la noche con los *gussucks*.”

Ella no comprendía por qué vinieron a ahí; la aldea era tan pequeña y estaba tan río arriba que incluso los esquimales que se habían ido a la escuela no querían volver. Se quedaban río abajo en el pueblo. Decían que la aldea era demasiado tranquila. Estaban acostumbrados al pueblo donde estaba la escuela, con luz eléctrica y agua corriente. Luego de todos estos años lejos en la escuela, se habían olvidado cómo tirar las redes en el río y cuándo cazar focas en otoño. Cuando le preguntó al viejo por qué los *gussucks* se molestaban en venir a la aldea, sus angostos ojos brillaron de agitación.

“Sólo vienen cuando hay algo que robar. Les resulta demasiado difícil conseguir animales de piel ahora, y las focas y los peces se han vuelto difíciles de encontrar. Ahora vienen por el

Literatura Norteamericana

petróleo en lo profundo de la tierra. Pero esta es su última vez.” Su resuello era rápido; sus manos gesticulaban al cielo. “Se acerca. A medida que se acerca, el hielo empujará el cielo.” Sus ojos estaban totalmente abiertos y miró fijo las vigas bajas del techo durante horas sin pestañar. Ella recordaba todo esto nítidamente porque él comenzó la historia ese día, la historia que contaría desde entonces. Comenzaba con un oso gigante que él describía músculo por músculo, desde la curva de los colmillos de marfil hasta los remolinos de pelo en la cima de la mollera maciza. Y durante ocho días no durmió, sino que se la pasó contando continuamente sobre el oso gigante cuyo color era el azul pálido del hielo glaciar.

La nieve estaba sucia y gastada en el sendero junto a la puerta. A cada lado del sendero, la nieve llegaba por encima de su cabeza. Frente a la puerta había manchas amarillas irregulares derretidas en la nieve en donde los hombres habían orinado: ella se detuvo en la entrada y se sacudió la nieve de las botas. El salón estaba a oscuras; una linterna de kerosén junto a la caja registradora ardía bajo. Los largos estantes de madera estaban repletos de latas de porotos y carne en conserva. En el estante inferior un frasco de mayonesa estaba roto y goteaba unos coágulos blancos aceitosos sobre el piso. No había nadie en el salón excepto el perro amarillento durmiendo delante de la gran vidriera del mostrador. Por el reflejo parecía estar encima de los cuchillos y las municiones dentro del mostrador. Los *gussucks* dejaban a los perros dentro de sus casas; no parecía importarles el olor que despedían los perros. “Dicen que somos sucios por la comida que comemos—pescado crudo y carne fermentada. Pero nosotros no vivimos con perros,” dijo una vez el viejo. Ella oyó voces en la sala trasera, y el sonido de las botellas contras las mesas puestas con fuerza.

Siempre se sentían confiados. El primer año esperaron que se rompiera el hielo en el río, y luego trajeron sus grandes máquinas amarillas río arriba en barcas. Planeaban perforar pozos de prueba durante el verano para evitar el congelamiento. Pero los rastros y tumbas de sus máquinas todavía estaban allí, al borde de la tundra sobre el río, en donde el barro estival se las había tragado apenas antes de que dejaran de ver el río. La gente de la aldea se había juntado a mirar a los hombres blancos, y a reírse mientras ellos sacaban las máquinas gigantes, una a una, fuera de la rampa de acero hacia las zonas pantanosas; como si la cantidad misma de vehículos de alguna manera fuera a volver sólida la tundra. Pero el viejo dijo que se comportaban como desesperados, y que volverían. Cuando la tundra congelada se solidificó, regresaron.

Las mujeres de la aldea ni siquiera se asomaban a la sala de atrás. El cura les había advertido. El almacenero la estaba mirando porque no permitía que los esquimales y los otros indios se sentaran a las mesas de la sala de atrás. Pero ella sabía que no podrían echarla si uno de los clientes *gussucks* la invitaba a sentarse con él. Cruzó la sala. La miraron fijo, pero ella tenía la sensación de que caminaba en lugar de alguien más, no ella misma, de modo que no importaba que la miraran. El pelirrojo tiró de una silla y la movió para que ella se sentara. Ella miró al almacenero mientras el pelirrojo le servía un vaso de vino tinto dulce. Ella quería reírse del almacenero de la manera en que se reía de los perros, que estiraban las cadenas y le aullaban.

El pelirrojo siguió hablando con los otros *gussucks* alrededor de la mesa, pero deslizó una mano debajo hacia su muslo. Ella miró al almacenero a ver si aún la observaba. Se rió en voz alta de él y el pelirrojo dejó de conversar y se volvió hacia ella. Le preguntó si quería que se fueran. Ella asintió y se levantó.

Alguien en la aldea había estado contándole cosas acerca de ella, dijo él mientras caminaban hacia su trailer. Eso es lo que entendió de lo que él decía, pero el resto no lo oyó. El quejido de los grandes generadores en el campamento se chupó el sonido de sus palabras. Pero el inglés ya no le interesaba ni tampoco nada que los cristianos en la aldea pudieran decirle acerca de ella misma o el

Literatura Norteamericana

viejo. Sonrió ante el efecto del aire bajo cero sobre las luces eléctricas alrededor de los trailers; no brillaban. Dejaban sólo agujeros amarillos chatos en la oscuridad.

A él le llevó mucho tiempo prepararse, incluso después de que ella se desvistiera para él. Esperó en la cama con las mantas encima, mirándolo. Él ajustó el termostato y encendió velas en la habitación, apagando las luces eléctricas. Buscó en una pila de discos hasta encontrar el adecuado. Ella no estaba segura de lo que hizo último de todo: pegó algo en la pared detrás de la cama donde podía verlo mientras estaba encima de ella. Estaba arrugado y blanco de frío: empujó su cuerpo contra el de ella en busca de calor. Le guió las manos a sus muslos; le daba chuchos.

Ella había vuelto una última vez porque quería saber qué era lo que pegaba a la pared encima de la cama. Cada vez que terminaba, él se estiraba y lo despegaba, doblándolo con cuidado de modo que ella no lo viera. Pero esta vez estaba preparada; esperó su último jadeo y repentino desplome encima de ella. Se deslizó de debajo y se puso de pie junto a la cama. Miró la foto mientras se vestía. Él no levantó la cabeza de la almohada, y mientras dejaba la habitación ella creyó oírle castañetear los dientes.

Cuando llegó oyó al viejo moverse. Comparado con el trailer del *gussuck*, la casa de troncos se sentía fresca. Olía a pescado seco y carne curada. La habitación estaba a oscuras excepto por el parpadeo amarillo de la llama en la ventana de mica de la estufa de aceite. Se acurrucó frente a la estufa y miró las llamas por largo tiempo antes de encaminarse a la cama donde su abuela había dormido. La cama cubierta con un montón de harapos y jirones de pieles que la vieja había guardado. Tanteó en el montón hasta que sintió algo frío y sólido envuelto en una manta de lana. Empujó sus dedos alrededor hasta que sintió la piedra lisa. Mucho tiempo atrás, antes de que llegaran los *gussucks*, habían quemado aceite de ballena en la lámpara grande de piedra que daba luz y calor al mismo tiempo. La vieja había guardado todo lo que podrían necesitar cuando llegara el momento.

Por la mañana, el viejo sacó un trozo de carne seca de caribú de debajo de sus mantas y se lo ofreció. Mientras ella no estaba, unos hombres de la aldea habían traído un atado de carne seca. Ella lo masticó despacio, pensando en la manera en que seguían viniendo de la aldea a hacerse cargo del viejo y sus historias. Pero ahora ella tenía una historia, acerca del *gussuck* pelirrojo. El viejo supo en qué estaba pensando, y su sonrisa hizo que se le redondease la cara más de lo que era.

“¿Y?”, dijo, “¿qué era?”

“Una mujer montada por un perro.”

Él se rió despacio y se encaminó al barril del agua. Hundió una taza de lata.

“No me sorprende”, dijo.

“Abuela”, dijo ella, “había algo rojo en el pasto esa mañana. Lo recuerdo.” Nunca antes había preguntado acerca de sus padres. La vieja dejó de abrir las panzas de los pescados que pondría a secarse sobre las rejillas de sauce. Los músculos de su mandíbula tiraron tan fuerte hacia el cráneo que la chica pensó que la vieja no podría hablar.

“Les compraron al almacenero una lata llena de eso. Tarde a la noche. Les dijo que era alcohol del que se puede tomar. Pagaron con un rifle.” La voz de la vieja sonaba como si cada palabra le robara fuerzas. “Ya no servía de nada el rifle. Ese año habían llegado los botes *gussuck* disparándoles con grandes armas a las morsas y las focas. No quedó nada para cazar después de eso.

Literatura Norteamericana

Entonces”, dijo la anciana, en voz tan baja que la chica no le había oído en mucho tiempo, “no les dije nada cuando se fueron esa noche.”

“Justo allá”, dijo, señalando los postes caídos, medio enterrados en el río y el pasto alto, “en el refugio estival. El sol estaba a mitad del cielo esa noche. Temprano a la mañana cuando aún estaba bajo, llegó el policía. Le dije al intérprete que le dijera que el almacenero los había envenenado.” Hacía bosquejos en el aire delante de ella, mostrándoles cómo sus cuerpos yacían torcidos en la arena; contar la historia era como esforzarse por caminar a través de la nieve espesa; el sudor le brillaba en el pelo blanco alrededor de la frente. “Le dije al cura también. Le dije que el almacenero mentía.” Se alejó de la chica. Mantuvo la boca aún más tensa, sólida, no de pena o ira, sino en contra del dolor, que era todo lo que le quedaba. “Nunca les creí”, dijo, “casi nada. No me sorprendió que el cura no hiciera nada.”

Venía viento del río y doblaba el pasto alto sobre sí mismo como olas de río. Pudo sentir el silencio que dejó la historia, y quiso que la vieja siguiera.

“Escuché ruidos esa noche, abuela. Sonidos como alguien que canta. Estaba claro afuera. Pude ver algo rojo sobre el piso.” La vieja no le contestó; se acercó a la pileta en el piso llena de pescado junto a la mesa de trabajo. Clavó el cuchillo en la panza de un pescado blanco y lo puso en la mesa. “El almacenero gussuck dejó la aldea después de eso”, dijo la anciana y mientras arrancaba las entrañas del pescado, “de otra manera, te podría contar más.” La voz de la anciana se fue con el viento que soplaba desde el río; nunca hablaron de eso de nuevo.

Cuando los sauces se llenaron de hojas y creció el pasto alto a orillas del río y alrededor de los pantanos, salió a caminar temprano en la mañana. Mientras el sol estaba aún bajo sobre el horizonte, escuchó al viento que venía del río; su sonido era como la voz ese día de hace tanto tiempo. A la distancia, podía oír los motores de la maquinaria que los perforadores habían dejado el invierno anterior, pero no se acercó a la aldea o al almacén. El sol nunca dejó el cielo y el verano se volvió el mismo largo día. Sólo los vientos apantallaban el sol para hacerlo brillar o dejarlo volverse penumbra.

Se sentó junto al viejo en su lugar a orillas del río. Removió por él el fuego humeante, y se sintió ensancharse y adelgazar al sol como si hubiera sido partida de la panza a la garganta y colgada de una estaca de sauce en preparación para el invierno entrante. El viejo ya no habló más. Cuando los hombres de la aldea le traían pescado fresco lo ocultaba en lo profundo del pasto donde estaba fresco. Después que él entró, ella abrió el pescado y lo extendió a secarse sobre la rejilla de sauce de la manera en que la vieja lo había hecho. Dentro, él dormitaba y conversaba consigo mismo. Había hablado todo el invierno, despacio e incesantemente, acerca del oso polar gigante asechando al cazador solitario por los hielos del mar del Bearing. Luego de todos esos meses que el viejo había estado contando la historia, el oso estaba a unos cien pies del hombre; pero la niebla se había cerrado a su alrededor y el hombre sólo podía oler el hedor acre a amoníaco del oso, y oír el crujido de la costra de nieve bajo sus zarpas gigantes.

Una noche escuchó al viejo contar la historia en sueños toda la noche, describiendo cada cristal de hielo y los sonidos levemente diferentes que hacían debajo de cada zarpa; primero la izquierda y luego la derecha, luego las patas traseras. Su abuela estaba de repente allí, una sombra alrededor de la estufa. Ella le habló en su voz baja parecida al viento y la chica tuvo miedo de sentarse para escuchar más claramente. Quizás lo que dijo estuviera dirigido al viejo porque él dejó de contar la historia y comenzó a roncar despacio de la manera que lo hacía tiempo atrás cuando la vieja lo regañaba por contar sus historias cuando otros en la casa estaban tratando de dormir. Pero las últimas palabras que escuchó fueron claras: “Tomará mucho tiempo, pero se debe contar la historia. No debe haber mentiras.” Se acercó las mantas al mentón, despacio, para que sus movimientos no se vieran. Pensó que la abuela hablaba de la historia del oso; por entonces no sabía de la otra historia.

Literatura Norteamericana

Dejó al viejo resollando y roncando en la cama. Caminó a través del pasto del río brillando de escarcha; el color verde estival brillante ya se había desvanecido. Vio el sol moverse por el cielo, ya bajo en el horizonte, alejándose de la aldea. Se detuvo junto a los postes caídos del refugio estival donde sus padres habían muerto. La escarcha brillaba sobre la arena del río también; en unas pocas semanas habría nieve. La luz previa al amanecer sería del color de una vieja. Un cielo de vieja lleno de nieve. Había habido algo rojo tirado en el piso la mañana en que murieron. Lo buscó de nuevo, empujando a un lado el pasto con la bota. Se arrodilló en la arena y miró bajo la estructura caída en busca de rastros de eso. Cuando lo encontró, supo lo que la vieja nunca le había contado. Se acurrucó cerca de los postes grises y apoyó la espalda contra ellos. El viento la hizo estremecerse.

La lluvia estival había lavado el barro de entre los palos; junto a las paredes de troncos los bloques empapados se apilaban a la altura de su cintura, habían perdido su forma cuadrada y les había crecido manchas suaves de musgo de tundra y pasto de briznas tiesas inclinándose por el peso de las semillas erizadas. Miró al noroeste, en la dirección del Mar de Bearing. El frío bajaría de allí a encontrar tajitos angostos en el barro, huecos de lluvia en la capa exterior de tierra que protegía la casa de troncos. La tundra verde oscuro se extendía a lo lejos chata y continua. De alguna manera el mar y la tierra se juntaban; por los colores verde oscuro ella sabía que no había límites entre ellos. Así es cómo llegaría el frío: cuando los límites desaparecieran el hielo polar recorrería el terreno hasta el cielo. Miró el horizonte por largo rato. Se quedaría en ese lugar del lado norte de la casa y vigilaría el horizonte noroeste, y eventualmente lo vería venir. Vigilaría su acercamiento en las estrellas, y lo oiría llegar con el viento. Estos preparativos no eran familiares, pero gradualmente los reconoció como reconocía las huellas de pies en la nieve.

Vaciaba el orinal del viejo dos veces al día y mantenía el barril lleno de agua de hielo derretido del río. Antes de que se pusiera a contar la historia de nuevo, él ya no la reconoció más, y cuando le hablaba, la llamaba por el nombre de su abuela y le hablaba de gente y eventos de mucho tiempo atrás. El oso gigante se arrastraba sobre su vientre por la nieve nueva, lo suficientemente cerca ahora como para que el hombre pudiera oír el ronquido de su respiración. Interminablemente en una suave voz cantarina, el viejo acarició la historia, repitiendo las palabras una y otra vez con delicados toques.

El cielo tenía el color gris de un huevo de grulla de río; su densidad se curvaba hacia la delgada costra de escarcha que ya cubría la tierra. Miró el color rojo brillante de la lata contra el suelo y el cielo y le dijo a los hombres de la aldea que les trajeran pedazos para el viejo y para ella. Para perforar los pozos de prueba en la tundra, los *gussucks* habían usado cientos de barriles de combustible. La gente de la aldea partía los barriles abandonados a orillas del río, y machacaba la lata roja en planchas chatas. La gente de la aldea usaba las tiras de lata para reparar las paredes y los techos para el invierno. Pero ella las había clavado a las paredes de troncos por el color. Cuando terminó, se alejó con el martillo en la mano, sin darse vuelta hasta que estuvo lejos, en la cresta encima de la ribera del río, y luego miró atrás. Sintió un escalofrío cuando vio cómo el cielo y la tierra perdían ya sus límites, confundiéndose entre sí. Pero la lata roja penetraba el denso color blanco de la tierra y el cielo; definía el límite, como una herida revelaba las costillas y el corazón de un gran caribú apunto de escaparse y perderse por siempre para el cazador. Esa noche el viento aulló y cuando ella escarbó un agujero a través de la gruesa escarcha del lado interno de la ventana, no pudo ver nada más que el blanco impenetrable; si estaba soplando nieve o la nieve se había acumulado tan alto como la casa, no lo sabía.

Había descendido de repente, y se paró de espaldas al viento mirando al río, con sus aguas humeantes coaguladas de hielo. El viento había soplado nieve encima del río congelado, ocultando las delgadas vetas azules por donde corría el agua bajo el hielo traslúcido y frágil como la memoria. Sin embargo, podía ver las sombras del límite, los bosquejos de senderos que eran delgadas ramas

Literatura Norteamericana

de solidez saliendo hacia tierra. Pasó días caminando sobre el río, observando los colores del hielo que la sostendrían con seguridad, pateando con el talón de la bota las costras de nieve, buscando con los oídos sonidos sólidos. Cuando pudo sentir los senderos a través de la planta de los pies, se fue al medio del río donde el agua gris y rápida se agitaba debajo de un delgado panel de hielo. Miró hacia atrás. Sobre la rivera a la distancia pudo ver la lata roja clavada a la casa de troncos, algo no tragado por la pesada panza blanca del cielo o atrapado en los pliegues de la tierra congelada. Había llegado el momento.

La piel de lobo alrededor de la capucha de su parka estaba blanca por la escarcha que producía su aliento. La calidez interior del almacén la derritió, y sintió diminutas gotitas de agua sobre el rostro. El almacenero salió de la sala de atrás. Ella se abrió la parka y se paró junto a la estufa de aceite. No lo miró, pero en vez miró al perro amarillento, cubierto de matas de pelo apelmazado, durmiendo delante de la estufa. Pensó en la foto del *gussuck*, pegada a la pared encima de la cama y se rió en voz alta. El sonido de su risa era penetrante; el perro amarillo se puso de pie de un salto y se le erizó el pelo de la espalda. El almacenero la estaba mirando. Quiso reírse de nuevo porque él no sabía lo del hielo. No sabía que estaba merodeando la tierra, o que ya había empujado su camino hacia el cielo para aferrar al sol. Se sentó en una silla junto a la estufa y sacudió su largo pelo suelto. Era como un perro atado todo el invierno, mirando mientras los otros son alimentados. Él recordó que ella había estado con los perforadores de petróleo, y sus ojos azules se arrastraron como moscas por el cuerpo de ella. Puso los labios como si quisiera escupirla. Él odiaba la gente porque tenían algo de valor, dijo el viejo, algo que los *gussucks* nunca pudieron tener. Pensaron que podían tenerlo, chuparlo de la tierra o cortarlo de las montañas, pero eran tontos.

Había una mata de pelo de perro en el piso junto a sus pies. Ella pensó en el aislamiento amarillo saliéndose del relleno; la defensa de ellos contra el congelamiento haciéndose pedazos a medida que avanzaba sobre ellos. El hielo se acurrucaba en el horizonte noroeste como el oso del viejo. Se rió en voz alta. El sol estaría bajo ahora; había llegado el momento.

La primera vez que él le habló, ella no oyó lo que le dijo, entonces no contestó o siquiera lo miró. Él le habló de nuevo pero sus palabras eran sólo ruidos saliendo de su boca pálida, temblando ahora que se le comenzaba a desatar la ira. La tironeó de un brazo y la silla se volcó detrás de ella. Le temblaban los brazos y ella sintió sus manos tensarse, tirando más fuerte de los bordes de la parka. Levantó un puño para pegarle a ella, su cuerpo delgado agitándose de ira; pero el puño se derrumbó ante el deseo que tenía por las cosas valiosas, que, como el viejo había dicho apropiadamente, eran la única razón por la que habían venido. Pudo escucharle el corazón latir mientras la tenía cerca y arqueaba su cadera contra ella, gruñendo y respirando con espasmos. Ella se deshizo en un giro y se escabulló por debajo de sus brazos.

Corrió con el mitón sobre la boca, respirando a través de la piel para proteger sus pulmones del aire helado. Podía oír que él corría detrás de ella, con la respiración pesada, el ocasional ruido del metal tintineando con el metal. Pero él corría sin parka ni mitones, respirando el aire helado; su fuego le exprimió los pulmones contra las costillas y fue suficiente para que no pudiera alcanzarla cerca del almacén. En la rivera del río se dio cuenta de cuán lejos estaba de la estufa y los trozos de relleno amarillo que apartaban el frío. Pero la chica no podía correr muy rápido a través de las estribaciones al borde del río. La penumbra estaba luminosa y él todavía podía ver claramente a la distancia; supo que la alcanzaría, por eso siguió corriendo.

Cuando ella se acercó al medio del río miró sobre su hombro. Él no iba detrás de ella; iba derecho a través del hielo, siguiendo la distancia más corta para alcanzarla. Estaba cerca entonces; su rostro torcido y escarlata por el esfuerzo y el frío. Había satisfacción en sus ojos; estaba seguro que podría superar su carrera.

Literatura Norteamericana

Ella conocía el río, al punto del instante cuando el hielo se combaba en fracturas del grosor de un cabello, y los sonidos de rotura de las astillas ganaban envión con la apertura del hielo hasta que se liberaba el agua gris y rápida. Se detuvo y se volvió al sonido del río y el repiquetear de fragmentos de hielo en remolino en el lugar donde él se hundió. Se sacó un mitón y subió el cierre de su parka hasta la garganta. Entonces tomó conciencia de su propia respiración rápida.

Se movió despacio, pateando el hielo por delante con el talón de la bota, tanteando los tendones de hielo que la sostuvieran. Miró delante y todo a su alrededor; en la penumbra, el denso cielo blanco se había fundido con la tundra llana cubierta de nieve. En la frenética corrida había perdido su posición en el río. Se quedó quieta. La orilla este del río se había perdido en el cielo; a los límites se los había tragado el blanco helado. Pero entonces, a la distancia, vio algo rojo y de repente fue como ella lo había recordado todos esos años.

Se sentó en su cama y mientras esperaba, escuchó al viejo. El cazador había encontrado un pequeño montículo irregular en el hielo. Bajó la capucha de piel de castor; la piel interna humeaba con el calor y el sudor de su cuerpo. La dejó dada vuelta sobre el hielo para asechar al oso y esperó viento abajo encima del montículo de hielo; llevaba un cuchillo de jade.

Ella pensó que podría ver el final de la historia por la manera en que él resollaba las palabras; pero él aún se servía de su provisión de pescado seco y le chorreaba el agua al tomarla con la taza de lata. Toda la noche lo escuchó describir cada bocanada de aire que el hombre tomaba, cada movimiento de la cabeza del oso como si tratara de atrapar el sonido de la respiración del hombre, y probara el viento en busca de su olor.

El agente estatal le hizo preguntas, y la mujer que limpiaba la casa del cura las traducía al yupik. Querían saber qué le había pasado al almacenero, el *gussuck* que habían visto correr tras ella por el camino hacia el río tarde la noche anterior. No había vuelto, y el jefe *gussuck* en Anchorage estaba preocupado por él. Ella no contestó por largo tiempo porque el viejo de repente se sentó en la cama y comenzó a hablar agitadamente, mirándolos a todos—el agente con sus anteojos oscuros y la mucama en su parka de cordero. Se la pasaba diciendo: “¡La historia! ¡La historia! ¡Eh-ya! ¡El gran oso! ¡El cazador!”

Le preguntaron de nuevo qué le había ocurrido al hombre del almacén *Northern Commercial*. “Él les mintió. Les dijo que era seguro tomarlo. Pero yo no voy a mentir.” Se levantó y se puso la parka gris de piel de lobo. “Yo lo maté”, dijo, “pero no miento.”

El abogado volvió de nuevo, y el carcelero abrió las puertas de acero y abrió la celda para dejarlo entrar. Le hizo señas al carcelero de que se quedara para oficiar de traductor. Ella se rió cuando vio que el carcelero se vería forzado por este *gussuck* a hablarle en yupik. Le cayó bien este abogado *gussuck* por eso, y por el pelo que se le adelgazaba en la cabeza. Era muy alto, y a ella le gustaba pensar acerca de la exposición de su cabeza al congelamiento; se preguntó si él sentiría descender el hielo desde el cielo antes que los otros. Él quería saber por qué le había dicho al agente estatal que había matado al almacenero. Algunos aldeanos habían visto lo ocurrido, dijo, y fue un accidente. “Eso es todo lo que tienes que decirle al juez: fue un accidente.” Se la pasó repitiéndoselo una y otra vez, lentamente en voz fuerte pero gentil: “Fue un accidente. Corría detrás de ti y se hundió en el hielo. Eso es todo lo que tienes que decir en la corte. Eso es todo. Y te dejarán ir a casa. A tu aldea.” El carcelero tradujo las palabras hoscamente, con los ojos fijos en el

Literatura Norteamericana

piso. Ella negó con la cabeza. “No voy a cambiar la historia, ni siquiera para escapar de este lugar e ir a casa. Tuve la intención de que muriera. Hay que contar la historia tal cual ocurrió.” El abogado exhaló con fuerza; sus ojos parecían cansados. “Dígale que no podría haberlo matado de esa manera. Era un blanco. Corrió detrás de ella sin parka ni mitones. Ella no podría haberlo planeado así.” Hizo una pausa y se volvió hacia la puerta de la celda. “Dígale que haré todo lo que pueda por ella. Le voy a explicar al juez que su mente está confundida.” Ella rió en voz alta cuando el carcelero tradujo lo que el abogado había dicho. Los *gussucks* no entendían la historia; no podían ver la manera en que se la debía contar, año tras año como el viejo lo había hecho, sin errores ni silencios.

Miró por la ventana al cielo blanco congelado. El sol finalmente se había soltado del hielo pero se movía como un caribú herido corriendo con la fuerza que sólo encuentran los animales moribundos, saltando y corriendo con los pulmones destrozados por las balas. Su luz era débil y pálida; empujaba vagamente a través de las nubes. Se volvió y enfrentó al abogado *gussuck*.

“Empezó hace mucho tiempo”, entonó con firmeza, “en el verano. Temprano a la mañana, recuerdo, algo rojo en el pasto alto del río...”

Al día siguiente de que muriera el viejo, llegaron los hombres de la aldea. Ella estaba sentada al borde de la cama, frente a la mujer que el agente había contratado para que la vigilara. Entraron despacio a la habitación y la escucharon. Al pie de su cama dejaron salmón rey que había sido abierto y secado el verano anterior. Pero ella no hizo ninguna pausa ni dudó; siguió con su historia, y nunca se detuvo, ni siquiera cuando la mujer se levantó para cerrar la puerta detrás de los hombres de la aldea.

El viejo no había cambiado la historia incluso cuando supo que se acercaba el fin. Las mentiras no podrían detener lo que se venía. Se retorció en la cama, tirando de las mantas sueltas, golpeando contra el piso atados de pescado seco y carne. El cazador había estado en el hielo demasiadas horas. Los vientos helados sobre el montículo de hielo le habían entumecido las manos en los mitones, y el frío lo había dejado exhausto. Sintió un simple temblor muscular en la mano y no pudo detenerlo, se le cayó el cuchillo de jade; se hizo añicos en el hielo, y el oso azul glaciario se dio vuelta lentamente para enfrentarlo.

Mujer amarilla

Mis muslos se aferraron a los suyos con humedad, y vi levantarse el sol a través de los alerces y los sauces. Los pajaritos marrones venían del río y daban saltitos en el barro, dejando rasguños en la costra de un blanco álcali. Se bañaban en el río en silencio. Podía oír el agua, casi a nuestros pies donde el canal angosto y rápido burbujecía y lavaba el verde musgo desgredado y las hojas de los helechos. Lo miré junto a mí, enrollado en la manta roja sobre la blanca arena del río. Me limpié la arena de entre los dedos de los pies, frunciendo los ojos porque el sol estaba encima de los sauces. Lo miré por última vez, durmiendo en la blanca arena del río.

Tenía hambre y seguí por el río hacia el sur por el camino en que habíamos llegado la tarde anterior, siguiendo nuestras huellas que ya estaban borrosas por los senderos de las lagartijas y los caminitos de los insectos. Los caballos todavía estaban tirados, y el alazán relinchó al verme pero no se levantó; quizás porque el corral estaba hecho de ramas gruesas de cedro y los caballos no habían sentido todavía el sol como yo. Traté de ver más allá de las pálidas mesas rojas hacia el pueblo². Sabía que estaba allí, incluso si no podía verlo, sobre la colina de areniscas sobre el río, el mismo río que se movía a mi lado y había reflejado la luna la noche anterior.

El caballo sintió el calor debajo de mí. Sacudió la cabeza y pateó la arena. El bayo relinchó y se recostó contra el portón tratando de seguirnos, y me acordé de él dormido en la manta roja junto al río. Desvié el caballo a un lado y lo até cerca del otro, caminé hacia el norte con el río de nuevo, y la arena blanca se deshizo en huellas sobre huellas.

“¡Despierta!”

Se movió dentro de la manta y giró la cabeza hacia mí con los ojos aún cerrados. Me arrodillé para tocarlo.

“Me voy.”

Sonrió ahora, los ojos aún cerrados. “Vienes conmigo, ¿recuerdas?” Se sentó entonces con su pecho oscuro desnudo al sol.

“¿A dónde?”

“A mi casa.”

“¿Y voy a volver?”

Se puso los pantalones. Me alejé caminando, sintiéndolo detrás de mí y oliendo los sauces.

“Mujer amarilla,” dijo.

Di vuelta la cara hacia él. “¿Quién eres?”, pregunté.

Se rió y se arrodilló en la rivera baja de arena, lavándose la cara en el río. “Anoche adivinaste mi nombre, y supiste por qué vine.”

Miré el agua detrás de él, poco profunda, moviéndose, y traté de recordar la noche, pero sólo pude ver la luna en el agua y recordar el calor de su cuerpo a mi alrededor.

“Pero sólo dije que eras él y que yo era Mujer Amarilla. No lo soy en realidad. Tengo mi propio nombre y vengo del pueblo al otro lado de la mesa. Tu nombre es Silva y eres un extraño que encontré junto al río ayer a la tarde.”

Se rió levemente. “Lo que pasó ayer no tiene nada que ver con lo que hagas hoy, Mujer Amarilla.”

² Las palabras “mesa” (como tipo de montaña) y “pueblo” están en español en el original.

Literatura Norteamericana

“Ya lo sé, eso es lo que digo. Las viejas historias acerca del espíritu de ka'tsina³ y Mujer Amarilla no pueden ser acerca de nosotros.”

A mi bisabuelo le encantaba contar esas historias. Hay una acerca del Tejón y el Coyote que se fueron a cazar y anduvieron todo el día, y cuando el sol se ponía encontraron una casa. Había una niña viviendo allí sola, y tenía el pelo y los ojos claros y les dijo que podían quedarse a dormir allí con ella. El Coyote quería quedarse con ella toda la noche de modo que mandó al Tejón a un agujero de perro de las praderas, diciéndole que pensaba que había visto algo en él. En cuanto el Tejón se metió en el agujero, el Coyote bloqueó la entrada con rocas y se apuró a volver con Mujer Amarilla.

“Ven”, dijo suavemente.

Me tocó el cuello y me acercó a él para sentir su aliento y oír su corazón. Yo me preguntaba si Mujer Amarilla había sabido quién era; si sabía que se volvería parte de las historias. Quizás había tenido otro nombre con el que su esposo y sus parientes la llamaban de modo que sólo el ka'tsina del norte y los contadores de historias la conocieran como Mujer Amarilla. Pero no seguí; lo sentí a mi alrededor, empujándome hacia la blanca arena del río.

Mujer Amarilla huyó con el espíritu del norte y vivió con él y sus parientes. Se fue por mucho tiempo, pero entonces un día volvió y trajo dos niños gemelos.

“¿Conoces la historia?”

“¿Qué historia?” Sonrió y me atrajo más hacia si al decirlo. Tuve miedo al recostarme allí sobre la manta roja. Todo lo que podía saber era cómo se sentía él, cálido, húmedo, su cuerpo junto a mí. Así es cómo pasa en las historias, recapacitó, sin pensar en nada más allá del momento en que se encuentra con el espíritu de ka'tsina y se van.

“No tengo por qué ir. Lo que cuentan en las historias fue real sólo entonces, allá en tiempos inmemoriales, como dicen.”

Se puso de pie y señaló mis ropas entrelazadas con la manta. “Vamos”, dijo.

Caminé a su lado, respirando fuerte porque caminaba rápido, su mano en mi cintura. Dejé de tratar de separarme de él, porque su mano se sentía fresca y el sol estaba alto, secando el lecho del río en alcalí. Veré a alguien, eventualmente veré a alguien, y entonces estaré segura de que es sólo un hombre, un hombre de por aquí cerca, y estaré segura de que no soy Mujer Amarilla. Porque ella viene del pasado y yo vivo ahora y he ido a la escuela y hay carreteras y camionetas que Mujer Amarilla nunca vio.

Fue un paseo cómodo a lomo de caballo hacia el norte. Noté a lo largo del río el cambio de los álamos en enebros rozándonos al pasar por las estribaciones y finalmente hubo sólo piñones, y cuando miré hacia la orilla de la altiplanicie pude ver pinos creciendo en los bordes. Me detuve un momento a mirar abajo, pero la arenisca pálida había desaparecido y el río se había ido y había colinas de lava oscura a nuestro alrededor. Me tocó la mano, sin hablar, pero siempre cantando despacito una canción de las montañas y mirándome a los ojos.

Tenía hambre y me pregunté qué estarían haciendo ahora en casa, mi madre, mi abuela, mi esposo, y el bebé. Haciendo el desayuno, diciendo: “¿A dónde se fue?, quizás la secuestraron.” Y recurriendo a la policía tribal con los detalles: “Se fue caminando por el río.”

La casa estaba hecha de rocas de lava negra y barro rojo. Estaba muy por encima de las millas y millas de arroyos y largas mesas. Sentí el olor montañoso a picea y arbustos. Me quedé junto al alazán, mirando el pequeño y tenue país por el que íbamos pasando, y me estremecí.

³ Ka'tsina (Kachina): En la mitología de los nativos Pueblo, el ka'tsina es un espíritu benévolo asociado con la lluvia y el agua. En los relatos tradicionales, el ka'tsina es visto a veces raptando una mujer que más tarde vuelve a su comunidad dotada de poderes especiales.

Literatura Norteamericana

“Mujer Amarilla, ven adentro que está cálido.”

Encendió el fuego en la estufa. Era una estufa vieja con panza redonda y una cafetera esmaltada encima. Sólo había una estufa, unas mantas navajo desvaídas, una cucheta y una caja de cartón. El piso estaba hecho de adobe alisado, y había una pequeña ventana que daba al este. Señaló la caja.

“Hay papas y una sartén.”

Se sentó en el piso con los brazos alrededor de las piernas empujándolas hacia su pecho y me miraba freír las papas. No me importó que me mirara porque siempre estaba mirándome; me había estado mirando desde que lo encontré sentado en la rivera del río cortando hojas de ramitas de sauce con un cuchillo. Comimos de la sartén y se limpiaba la grasa de los dedos en sus Levis.

“¿Has traído a otras mujeres aquí?”

Sonrió y siguió masticando, entonces dije: “¿Siempre usas los mismos trucos?”

“¿Qué trucos?” Me miró como si no entendiera.

“La historia de ser un ka'tsina de las montañas. La historia acerca de Mujer Amarilla.”

Silva se quedó en silencio; su rostro estaba calmo.

“No lo creo. Esas historias no podrían ocurrir ahora”, dije.

Negó con la cabeza y dijo despacio: “Sin embargo algún día hablarán de nosotros, y van a decir: ‘Esos dos que vivieron hace tanto tiempo cuando cosas así pasaban.’”

Se puso de pie y salió. Comí el resto de las papas y pensé en todo esto, en el ruido que hacía la estufa y el sonido del viento de montaña afuera. Recordé ayer y el día anterior, y luego fui afuera.

Pasé por el corral hacia el costado donde el sendero angosto corta a través de la roca negra. Estaba parada en el cielo sin nada más a mi alrededor que el viento que bajaba del pico azul de la montaña detrás de mí. Podía ver imágenes vagas de montañas a la distancia por millas a través de la vasta extensión de mesas y valles y llanuras. Me pregunté quién estaba allí sintiendo el viento de montaña en esos precipicios azules a pique, quién camina sobre las agujas de pino en esas montañas azules.

“¿Puedes ver el pueblo⁴?” Silva estaba de pie detrás de mí.

Negó con la cabeza. “Estamos demasiado lejos.”

“Desde aquí puedo ver el mundo.” Se acercó al borde. “La reservación navajo comienza allá.” Señaló el este. “Los límites de los Pueblo están ahí.” Miró debajo de nosotros hacia el sur, de donde parecía llegar el sendero estrecho. “Los tejanos tiene sus ranchos allá, donde comienza el valle, el Valle de Concho. Los mejicanos tienen ganado allí también.”

“¿Trabajas para ellos?”

“Les robo”, contestó Silva. El sol caía detrás de nosotros y las sombras estaban llenando el terreno al pie. Me aparté del borde que caía constantemente al valle debajo.

“Tengo frío”, dije. “Voy adentro.” Comencé a preguntarme acerca de este hombre que podía hablar el idioma de los Pueblo tan bien pero que vivía en la montaña y robaba ganado. Decidí que este hombre Silva debía ser navajo, porque los hombres Pueblo no hacían cosas como ésta.

“Debes ser Navajo.”

⁴ ‘pueblo’ en español en el original.

Literatura Norteamericana

Silva dijo no con la cabeza suavemente. “Pequeña Mujer Amarilla”, dijo, “nunca te das por vencida, ¿no es cierto?” ya te dije quién soy. La gente navajo me conoce también.” Se arrodilló y desenrolló la cucheta y extendió las mantas sobre un trozo de lona. El sol se había puesto y la única luz en la casa venía de afuera, la tenue luz naranja del anochecer.

Me quedé parada y esperé que él se metiera entre las mantas.

“¿Qué esperas?”, dijo, y me acosté también. Me desvestió lentamente como la noche anterior junto al río, besándome la cara con suavidad y pasando sus manos por mi vientre y mis piernas. Se sacó los pantalones y luego rió.

“¿De qué te ríes?”

“De tu respiración fuerte.”

Me separé y le di la espalda.

Me dio la vuelta y me sujetó entre sus brazos y el pecho. “No entiendes, ¿no es cierto?, pequeña Mujer Amarilla. Vas a hacer lo que yo quiera.”

Y de nuevo estaba a mi alrededor con su piel resbalosa contra la mía, y tuve miedo porque comprendí que su fuerza podía lastimarme. Me quedé debajo de él y supe que podía destruirme. Pero después, mientras dormía a mi lado, le toqué el rostro y tuve esa sensación, la misma sensación por él que me dominó esa mañana junto al río. Lo besé en la frente y él me abrazó.

Cuando me desperté por la mañana se había ido. Me sentía extraña ya que por mucho tiempo me quedé sentada sobre las mantas y busqué a mi alrededor en la pequeña casa algunos objetos suyos, alguna prueba de que había estado allí o quizás de que volvería. Sólo quedaban las mantas y la caja de cartón. Faltaba el .30-30 que estaba apoyado en el rincón, y también el cuchillo que había usado la noche anterior. Se había ido y yo tenía la oportunidad de irme también. Sin embargo, primero tenía que comer, porque sabía que iba a ser un largo camino hasta mi casa.

Encontré damascos secos en la caja de cartón, y me senté sobre una roca al borde de la altiplanicie. No había viento y el sol me daba calor. Estaba rodeada de silencio. Dormité con los damascos en mi boca, y no creí que hubiera carreteras o vías ferroviarias o ganado que robar.

Cuando desperté, miré la tierra negra de montaña a mis pies. Hormiguitas negras se amontonaban entre las agujas de pino. Debieron haber sentido el olor a damasco. Pensé en mi familia lejos allá abajo. Deberían estar preguntándose acerca de mí, porque esto no me había ocurrido nunca antes. La policía tribal haría un reporte. Pero si el bisabuelo no estuviera muerto les hubiera dicho qué estaba pasando; se hubiera reído y hubiera dicho: “Robada por un ka’tsina, un espíritu de la montaña. Volverá a casa, generalmente lo hacen.” Ellos son suficientes para manejar los asuntos de la casa. Mi madre y mi abuela criarán al bebé como me criaron a mí. Al encontrará a alguien más, y seguirán como antes, excepto que habrá una historia acerca del día en que desaparecí mientras caminaba junto al río. Silva había venido por mí; él dijo que lo había hecho. Yo no decidí irme. Solo fui. Las flores lunares florecieron en las colinas de arena antes del amanecer, justo mientras yo lo seguía. Eso es lo que pensaba mientras caminaba por el sendero a través del pinar.

Era mediodía cuando regresé. Cuando vi la casa de piedra recordé que había tenido la intención de volver a casa. Pero eso ya no tenía importancia, quizás porque había pequeñas flores azules creciendo en la llanura detrás de la casa de piedra y las ardillas grises jugaban entre los pinos cerca de la casa. Los caballos estaban en el corral, y había carcasas con carne colgando del lado en sombras del pinar grande frente a la casa. Las moscas zumbaban alrededor de la sangre coagulada que colgaba de las carcasas. Silva estaba lavándose las manos en un balde lleno de agua. Debía haberme oído llegar porque me habló sin darse vuelta.

“Te he estado esperando.”

“Fui a caminar por el pinar grande.”

Literatura Norteamericana

Miré en el balde lleno de agua sangrienta donde flotaban pelos marrones y blancos de animal. Silva se quedó allí dejando gotear sus manos y examinándome a propósito.

“¿Vienes conmigo?”

“¿A dónde?” le pregunté.

“A vender la carne en Márquez.”

“Si estás seguro de que está bien.”

“Si no fuera así no te lo hubiese preguntado,” contestó.

Eché el agua antes de deshacerse del balde y lo puso boca abajo cerca de la puerta. Lo seguí hasta el corral y vi cómo les ponía la montura a los caballos. Aún junto a los caballos se lo veía alto, y le pregunté de nuevo si era navajo. No dijo nada; sólo dijo no con la cabeza y siguió cinchando la montura.

“Pero los navajos son altos.”

“Monta el caballo”, dijo, “y nos vamos.”

Lo último que hizo antes de partir hacia el empinado sendero fue agarrar el .30-30 que estaba en el rincón. Deslizó el rifle en la cartuchera que colgaba de su montura.

“¿No tratan de atraparte?”, pregunté.

“No saben quién soy.”

“Entonces ¿para qué trajiste un rifle?”

“Porque vamos a Márquez donde viven los mejicanos.”

El sendero se enderezaba en una saliente angosta empinada a ambos lados como la espina de un animal. De un lado podía ver adónde se dirigía el sendero alrededor de las grises colinas rocosas y desaparecía hacia el sudeste donde las mesas de arenisca pálida aparecían a la distancia cerca de casa. Del otro lado había un sendero que iba hacia el oeste, y mientras miraba muy a lo lejos pensé ver un pueblito. Pero Silva dijo que no, que estaba mirando al lugar equivocado, que sólo creí ver las casas. Después de eso dejé de mirar a la distancia; hacía calor y las flores silvestres cerraban sus pétalos profundamente amarillos. Sólo las cerosas flores de cactus florecían bajo el brillante sol, y vi cada color que puede tener un cactus en flor; los blancos y los rojos estaban aún en capullo; pero los purpúreos y los amarillos habían florecido, completamente abiertos y eran los más hermosos de todos.

Silva lo vio antes que yo. El blanco montaba un caballo gris, viniendo hacia nosotros por el sendero. Viajaba rápido y las patas del caballo gris mandaban las rocas del sendero hasta los arbustos rodantes secos. Silva hizo señas de que me detuviera y nos quedamos mirando al blanco. No nos vio enseguida, pero finalmente su caballo relinchó a los nuestros y se detuvo. Nos miró brevemente antes de recorrer las trescientas yardas que lo separaban de nosotros. Detuvo el caballo frente a Silva, y su rostro joven y regordete quedó bajo la sombra de su sombrero. No nos miró mal, pero sus pálidos ojos pequeños se movían de los sacos empapados de sangre que colgaban de mi montura al rostro de Silva y luego a mi rostro.

“¿Dónde consiguieron esa carne fresca?” preguntó el blanco.

“Estuve cazando”, dijo Silva, y cuando acomodó su peso en la montura el cuero crujió.

“Mientes, indio. Has estado robando ganado. Hemos estado buscando al ladrón por mucho tiempo.”

Literatura Norteamericana

El rancho era gordo, y el sudor empezó a empapar su camisa vaquera blanca y la tela mojada se le pegaba a los rollos de grasa de la panza. Parecía casi estar jadeando por el esfuerzo de hablar, y olía rancio, quizás porque Silva le daba miedo.

Silva me miró y sonrió. “Da la vuelta y sube la montaña, Mujer Amarilla.”

El blanco se enojó cuando oyó a Silva hablar en un idioma que él no podía entender. “No intentes nada, indio. Sólo sigue camino a Márquez. Allí llamaremos a la policía estatal.”

El rancho debe haber estado desarmado porque estaba muy atemorizado y si tenía un arma la tendría que haber sacado entonces. Volví mi caballo y el rancho gritó: “¡Deténgase!” Miré a Silva por un instante y hubo algo antiguo y oscuro, algo que pude sentir en mi estómago, en sus ojos, y cuando miré de reojo su mano vi que tenía el dedo en el gatillo del .30-30 que aún estaba en la cartuchera de la montura. Le golpeé los flancos al caballo y los sacos de carne cruda se bambolearon contra mis rodillas en tanto el caballo trepaba el sendero. Fue difícil mantener el equilibrio, y por un momento pensé sentir que la montura se deslizaba hacia atrás; fue por eso que no pude mirar.

No me detuve hasta que alcancé la cresta en donde el sendero se bifurcaba. El caballo jadeaba y apareció una película oscura de sudor sobre su cuello. Miré abajo en la dirección de donde venía, pero no pude ver el lugar. Esperé. El viento subía y empujaba aire cálido. Miré al cielo, azul pálido y lleno de delgadas nubes y rastros de vapor dejados por los aviones.

Creo que dispararon cuatro tiros; recuerdo haber oído cuatro explosiones huecas que me recordaron a la caza del ciervo. Podría haber habido más tiros después de eso, pero no pude oírlos porque mi caballo corría de nuevo y las rocas sueltas hacían mucho ruido al desperdigarse bajo sus patas.

A los caballos se les hace difícil correr cuesta abajo, pero tomé esa dirección en vez de hacia arriba de la montaña porque pensé que era más seguro. Me sentí mejor corriendo con el caballo hacia el sudeste más allá de las colinas redondas y grises cubiertas de cedros y rocas de lava negra. Cuando llegué a la llanura a la distancia pude ver los manchones verdes de alerces que crecían junto al río; y más allá del río pude ver el comienzo de las mesas de arenisca pálida. Detuve el caballo y miré atrás a ver si alguien venía; entonces me apeé y le hice dar la vuelta al caballo, preguntándole si volvería a su corral bajo los pinos en la montaña. Me miró por un momento y luego tomó un bocado de arbustos rodantes verdes antes de volver trotando al sendero con sus orejas apuntando hacia delante, llevando su cabeza elegantemente inclinada hacia un lado para evitar pisar las riendas sueltas. Cuando el caballo desapareció sobre la última colina, los sacos llenos de carne aún se bamboleaban a los golpes.

Caminé hacia el río por un camino forestal que sabía que eventualmente me llevaría a uno pavimentado. Pensaba esperar a la vera del camino a que alguien pasara, pero para la hora en que llegué al pavimento había decidido que no era tan lejos para ir caminando y seguí el río de vuelta por donde Silva y yo habíamos venido.

El agua del río sabía bien, y me senté a la sombra de un grupo de sauces plateados. Pensé en Silva, y me sentí triste de dejarlo; además, había algo extraño acerca de él, y traté de entenderlo durante el camino de regreso a casa.

Volví al lugar a orillas del río donde él había estado sentado la primera vez que lo vi. Las hojas de sauces verdes que él cortara de la rama estaban aún tiradas ahí, marchitándose al sol. Vi las hojas y quise regresar con él, a besarlo y tocarlo, pero las montañas estaban demasiado lejos ahora. Y me dije a mí misma, porque lo creo, que alguna vez él volvería y me esperaría de nuevo en el río.

Literatura Norteamericana

Seguí por el sendero río arriba hacia el pueblo. El sol se ponía, y cuando llegué a la puerta de mi casa pude sentir el olor de la cena que estaban preparando. Pude oír sus voces dentro: mi madre le estaba diciendo a mi abuela cómo hacer Jell-O y mi esposo, Al, jugaba con el bebé. Decidí decirles que un navajo me había secuestrado, pero lamenté que el bisabuelo no estuviera vivo para oír mi historia porque eran las historias de Mujer Amarilla las que más le gustaban.

Contar historias (Storytelling)

Deberías entender
cómo era
entonces,
porque es igual
incluso hoy.

Hace tiempo ocurrió
que su marido se fue
a cazar ciervos
antes del amanecer
Y entonces ella se levantó
y fue a buscar agua.
Temprano a la mañana
se fue caminando al río
cuando el sol estaba sobre
la gran mesa roja.

Él la esperaba
esa mañana
entre el sauce y el tamarac
junto al río.
Hombre Búfalo
en pantalones de búfalo
“¿Ya llegaste?”
“Sí,” él dijo.
Estaba sonriendo.
“Porque vine por ti”
Ella miró
el agua clara.
“¿Pero dónde pondré mi jarra?”
“Boca abajo, aquí,” le dijo él,
“en la ribera.”

Literatura Norteamericana

“Más te vale que tengas una buena historia,”

Le dijo el marido,

“sobre dónde estuviste los últimos
diez meses y cómo explicas estos
niños mellizos.”

“¡No!” Ese chisme no puede ser cierto.

Ella no se fugó

Ella fue *raptada* por

Un mexicano

En la fiesta de Seama.

Ya sabes

mi hija

no es

esa clase de chica.

Fue

en el verano

de 1967.

Las noticias en la TV informaron
de un secuestro.

Cuatro mujeres Laguna

y tres hombres navajo

se fueron al norte

por el Río Puerco

en un Ford ‘56

y el FBI y

la policía estatal estaban

como locos tras los rastros

de botellas de vinos y

panties de talla 42

colgando de los arbustos y árboles

a lo largo de la ruta.

Literatura Norteamericana

“No nos pudimos escapar de ellas”, le dijo al policía más tarde.
“Tratamos, pero ellas eran cuatro y
nosotros sólo tres.”

Era
ese navajo
de Álamo
ya sabes,
el alto
buen mozo.

Me dijo
que me mataría
si no iba con él
Y luego
llovió tanto
y los caminos
se pusieron muy barrocos.
Es por eso
que me llevó
tanto tiempo
volver a casa.

Mi marido
me dejó
después de oír la historia
y se mudó de nuevo con su madre.
Fue mi culpa y
no se lo reprocho tampoco.
Podría haber contado
La historia
mejor.

La historia de Tony

Ocurrió un verano cuando el cielo estaba ancho y caluroso y las lluvias estivales no llegaban; disminuyeron las ovejas, y los arbustos rodantes se pusieron marrones y murieron. León volvió del ejército. Lo vi parado junto a la vuelta al mundo al otro lado de la gente que había venido a vender melones y chile el Día de San Lorenzo. Me gritó; “¡Ey Toni!” Me puso incómodo que gritara tan fuerte, pero luego vi la botella de vino en la bolsa de papel madera.

“¿Qué tal, amigo?”

Me aferró la mano y la sostuvo apretada como un blanco. Sonreía. “Es bueno estar de vuelta en casa. Me pidieron que baile mañana—es sólo la Danza del Maíz, pero espero no haberme olvidado de cómo es.”

“Te la vas a acordar—va a volver todo cuando suene el tambor.” Yo estaba contento, porque sabía que León era de nuevo parte del pueblo. El sol estaba polvoriento y bajo en el oeste, y la procesión pasaba junto a nosotros, llevando a San Lorenzo a sus espaldas hasta el nicho en la iglesia.

“¿Quieres que comamos algo?”, pregunté.

León se rió y le dio golpecitos a la botella. “No, eres el único que necesita comer. Toma un dólar—allá venden hamburguesas.” Señaló más allá de la calesita a un puesto de algodón de azúcar y una máquina de conos helados.

Fue entonces cuando vi al policía haciéndose camino a los empujones entre la multitud alrededor del puesto de hamburguesas y la carpa de bingo; venía firmemente hacia nosotros. Recordé que León tenía vino y me fijé si el policía nos miraba; pero llevaba anteojos oscuros y no le pude ver los ojos.

No dijo nada antes de golpearlo a León en la cara con el puño. León cayó al polvo, y la bolsa de papel flotó en el vino y los pedazos de vidrio. No se movía y la sangre le salía de la boca y la nariz. Pude oír una sirena. La gente se amontonó alrededor de León y se empujaban. Los policías tribales se arrodillaron junto a León, y uno de ellos lo buscó con la mirada al policía y le preguntó qué estaba pasando. El policía grandote no contestó. Miraba los rastros pequeños de sangre en el polvo cerca de la boca de León. El polvo se empapó de sangre casi antes de gotear al piso—había sido un día muy seco. El policía no se fue hasta que pusieron a León en el asiento trasero del patrullero.

La luna ya estaba alta cuando llegamos al hospital de Albuquerque. Esperamos largo rato fuera de la sala de emergencias con León sostenido entre nosotros. Siow y Gaisthea se la pasaban preguntándome, “¿Qué pasó, qué le dijo León al policía?” y les conté cómo estaba sólo parado ahí, a punto de comprar una hamburguesa—nunca antes lo habíamos visto.

Me dejaron cerca de la casa. La luna había bajado más hacia el oeste y dejaba las filas apretadas de casas bajo largas sombras. La quietud respiraba a mi alrededor, y quise huir de lo que se sentía detrás de mí en la oscuridad; y las historias acerca de las brujas corrían conmigo. Esa noche tuve un sueño—el policía grandote me señalaba con un hueso largo—ellos siempre usan huesos humanos, y la blancura brilló plateada a la luz de la luna donde yo estaba. No tenía rostro humano—sólo unos ojitos redondos, ribeteados de blanco en una máscara ceremonial negra.

León estuvo mejor en unos pocos días. Pero estaba amargado, y todo de lo que hablaba era del policía. Se la pasaba diciendo: “Lo voy a matar al maldito bastardo si llega a volver por aquí.”

Literatura Norteamericana

De algo como un policía es mejor olvidarse, y traté de que León lo entendiera. “Ya terminó ahora. No puedes hacer nada.”

Me preguntaba por qué los hombres que regresaban del ejército eran picapleitos en la reserva. León lo llevó incluso a la reunión de la aldea. Lo discutieron, y los ancianos decidieron que León debía haber estado bebiendo. El intérprete leyó el pasaje de la versión revisada del código de ley y orden del pueblo acerca de la posesión de intoxicantes en la reservación, de modo que nos levantamos y nos fuimos.

Entonces León me pidió que fuera con él a Grants a comprar un rollo de alambre de púas para su tío. En el camino nos detuvimos en Cerritos a cargar gasolina, y entré al almacén para comprar un refresco. Él estaba ahí. Me detuve en la puerta y di la vuelta antes de que me viera, pero si era realmente lo que yo temía, entonces no necesitaría verme—ya sabría que estábamos allí. León esperaba con el motor encendido casi como si supiera lo que le iba a decir.

“Vámonos—el policía está ahí dentro.”

León aceleró y la camioneta hizo eses en la carretera. Echó un vistazo por el espejo retrovisor. “Ni vi el auto.”

“Escondido,” le dije.

León sacudió la cabeza. “No puede hacerlo de nuevo. Valemos tanto como ellos.”

Los chicos que volvían siempre hablaban así.

El cielo estaba caliente y vacío. Los arbustos rodantes medio crecidos estaban secos y chatos y marrones al lado de la carretera, y a través del valle, el calor reverberaba sobre los maizales marchitos. Incluso las altas montañas más allá de las mesas de arenisca pálida estaban de un azul polvoriento. Tenía miedo de quedarme dormido así que mantuve los ojos puestos en las montañas azules—sin permitir que se cerraran—empapándose en calor; y luego supe por qué había llegado la sequía ese verano.

León me sacudió. “¡Viene detrás de nosotros—el policía nos está siguiendo!”

Me di vuelta para mirar y vi la luz roja girando encima del auto, y pude imaginarme la imagen oscura del hombre, pero donde debería estar la cara estaban sólo las lentes plateadas de los anteojos oscuros que llevaba puestos.

“¡Detente León! ¡Quiere que nos detengamos!”

León tiró el auto al costado y lo detuvo en la banquina angosta de grava.

“¿Qué diablos quiere?” a León le temblaban las manos.

De repente el policía estaba parado al lado del auto, gesticulando para que León bajara la ventanilla. Metió la cabeza adentro, moliendo la goma de mascar en la boca; el olor a Doublemint estaba por todos lados.

“Salgan. Los dos.”

Me paré al lado de León entre la maleza seca y el pasto amarillo alto que atravesaba el asfalto y repiqueteaba en el viento. El policía examinó la licencia de conductor de León. Evité mirarlo a la cara—supe que no podría mirarlo a los ojos, así que fijé la mirada en sus wellingtons negros, con los puños del uniforme negro doblados sobre ellos; pero los ojos se me iban hacia el cinturón negro del arma. Me temblaban las piernas, y traté de mantener los ojos lejos de los suyos. Sin embargo, era como aquella vez cuando era muy pequeño y mis padres me advirtieron que no

Literatura Norteamericana

mirara a los ojos a los bailarines enmascarados porque me atraparían, y mis ojos no dejaban de mirar.

“¿Cómo te llamas?” Su voz era aguda y me distraía del sentido de las palabras.

Recuerdo que León dijo, “él no entiende bien el inglés”, y finalmente dije que era Antonio Sousea, mientras se me desviaban los ojos por mirar más allá de los anteojos escarchados de plata que llevaba puestos; pero sólo se me reflejaban el rostro distorsionado y los ojos fruncidos.

Y entonces el policía nos miró fijo por un rato, en silencio; finalmente se rió y masticó la goma de mascar más despacio. “¿A dónde van?”

“A Grants.” León hablaba en inglés muy claro. “¿Podemos irnos?”

León retorció la cadena de la llave alrededor de sus dedos, y sentí el sol por todos lados. El calor se hinchaba desde el asfalto y cuando pasaban los autos, nos soplaban el aire caliente y el olor del motor.

“A mí no me gustan los tipos listos, indio. Es a causa de ustedes bastardos que yo estoy aquí. Me transfirieron aquí debido a los indios. Pensaron que no encontraría muchos por aquí. Pero yo los encuentro.” Escupió la goma de mascar en la maleza cerca de mi pié y volvió al auto patrulla. Mientras se alejaba pateaba la grava y el polvo.

Volvimos a la camioneta, y pude sentir el gusto del sudor en la boca, entonces le dije a León que daba lo mismo que volviéramos a casa ya que estaría esperándonos allí.

“No puede hacer eso”, dijo León. “Tenemos derecho a estar en esta carretera.”

No podía entender por qué León se la pasaba hablando de ‘derechos’, ya que no era ‘derecho’ lo que estaba detrás de esto. Pero León no parecía entender; no podía recordar las historias que contaba el viejo Teófilo.

No me sentí seguro hasta que dejamos la carretera y pude ver el pueblo y mi propia casa. Era mediodía, y todos estaban comiendo—la aldea parecía vacía—hasta los perros se habían arrastrado fuera del calor. La puerta estaba abierta, pero sólo había silencio, y tuve miedo de que algo le hubiera pasado a todos. Entonces, en cuanto abrí la puerta mosquitero mis hijitos empezaron a llorar pidiendo más Kool-Aid, y mi madre dijo, “no”, y hubo ruido de nuevo como siempre. El abuelo comentó que el viaje a Grants había sido muy rápido, y dije “sí” y no di explicaciones porque sólo los preocuparía.

“León es un buscapleitos—quisiera que no andes con él.” A mi padre no le gustaba que hubiese problemas. Pero sabía que el policía era algo terrible, y incluso con hablar de eso se corría el riesgo de traerlo cerca de todos nosotros; así que no dije nada.

Esa tarde León habló con el Gobernador, y él le prometió enviar cartas a la Oficina de Asuntos Indígenas y al Jefe de la Policía Estatal. León parecía satisfecho con eso. Metí la mano en el bolsillo en busca de la punta de flecha con el trozo de cuerda.

“¿Para qué es eso?”

Se la pasé. “Úsala alrededor del cuello—como la mía. ¿Ves? Por si acaso”, le dije, “para protección.”

“No crees en *eso*, verdad?” Señaló el .30-30 apoyado contra la pared. “voy a llevar esto conmigo siempre que ande en la camioneta.”

“Pero no puedes estar seguro si matará a uno de ellos.”

León me miró y se rió. “¿Qué te pasa”, dijo, “te lavaron el cerebro para hacerte creer que un .30-30 no mata a un blanco?” me devolvió la punta de flecha. “Usa las dos tú”

Literatura Norteamericana

El tío de León me preguntó si quería quedarme en el campamento de las ovejas por un tiempo. Los corderos estaban grandes, y no habría mucho qué hacer, así que le dije que sí. Partimos temprano, mientras el sol estaba todavía bajo y rojo en el cielo. La carretera estaba vacía, y me senté junto a León imaginando cómo habría sido antes de que hubiera carreteras e incluso caballos. León salió de la carretera hacia el camino del campamento que trepa por las mesas de arenisca hasta que de repente todos los árboles son piñoneros.

León miró por el espejo retrovisor- “¡Nos está siguiendo!”

Me empezó a temblar el cuerpo y no estaba seguro de poder hablar. “Ya no queda dónde esconderse. Eso nos sigue por todos lados.”

León me miró como sin entender lo que decía. Entonces miré más allá de León y vi que el auto patrulla estaba al lado nuestro; las ramas de piñoneros azotaban y arañaban el costado de la camioneta como tratando de forzarnos a salir del camino. León siguió manejando con las dos ruedas derechas en los surcos—golpeando y arañando los árboles. León nunca miraba directamente y entonces no pudo darse cuenta de cómo los reflejos se la pasaban moviéndose por las lentes espejadas de los anteojos oscuros. Estábamos en un cañón angosto de arenisca pálida a ambos lados—el cañón que terminaba en un manantial donde crecían sauces, pasto y florcitas azules.

“Tenemos que matarlo, León. Debemos quemar el cuerpo para estar seguros.”

Pareció que León no estaba escuchando. Deseo que el viejo Teófilo estuviera allí para hacer un cántico con las palabras adecuadas mientras lo hacíamos. León detuvo la camioneta y salió—aún no entendía qué era. Me senté en la pick-up con el .30-30 sobre mis piernas, y tenía las manos resbalosas.

El policía grandote estaba de pie delante de la camioneta, de cara a León. “Cometiste un error, indio. Voy a molerte a palos.” Levantó la cachiporra despacio. “Me gusta pegarle a los indios con esto.”

Se movió hacia León con el palo en lo alto, y era como el hueso largo en mi sueño cuando me lo apuntó—un hueso humano pintado de marrón para que pareciera de madera, para esconder lo que realmente era; eso hacen ellos, ya sabes—tallan el hueso en forma de cuchara y lo usan en la casa hasta que la víctima se acerca.

El disparo sonó lejano y no me acordé de apuntar. Pero él estaba quieto en el piso y la varita de hueso estaba cerca de sus pies. Los arbustos rodantes y el pasto alto amarillo estaban rociados de sangre brillante y lustrosa. Estaba de espaldas, y la arena entre sus piernas y del lado izquierdo se estaba empapando de sangre oscura y pesada—no había llovido por largo tiempo, e incluso los arbustos se estaban muriendo.

“¡Tony! ¡Lo mataste—mataste al policía!”

“¡Ayúdame! Vamos a prenderle fuego al auto.”

León actuaba extraño, y me miraba como si quisiera salir corriendo. La cabeza le tambaleaba y se movía de atrás adelante, y la mano derecha y las piernas dejaron rastros individuales en la arena. El rostro era el mismo. Los anteojos oscuros no se le habían caído y me enneguecían con sus reflejos de sol caliente hasta que empujé el cuerpo al asiento delantero.

El tanque de gasolina explotó y las llamas se extendieron debajo del auto. Los neumáticos llenaron el ancho cielo de espirales de espeso humo negro.

“Dios mío, Tony. ¿Qué te pasa? Mataste a un policía.” León estaba pálido y temblaba.

Me limpié las manos en los Levi. “No te preocupes, ya está todo bien ahora, León. Eso está muerto. A veces toman formas extrañas.”

Literatura Norteamericana

Los arbustos rodantes alrededor del auto se prendieron fuego, y pequeñas olas de calor reverberaban hacia el cielo; al oeste, se estaban juntando nubes de lluvia.

“Hace mucho tiempo...”

Hace mucho tiempo
en el comienzo
no había gente blanca en este mundo
no había nada europeo.
Y este mundo podría haber seguido así
excepto por una cosa:

Brujería.
Este mundo estaba ya completo
incluso sin gente blanca.
Había de todo
Incluyendo brujería.

Entonces ocurrió.
Estos brujos se juntaron.
Algunos vinieron de muy muy lejos
cruzando océanos
cruzando montañas.
Algunos tenían ojos rasgados
otros tenían piel negra.
Todos se juntaron para una lid
de la manera en que ahora hay torneos de béisbol
excepto que esta lid
era en cosas oscuras.

Bueno, entonces
se juntaron todos
los brujos de todas las direcciones
brujos de todos los Pueblos
y todas las tribus.
Tenían brujos navajo,
Algunos hopi, y unos pocos zuni.
Llevaban a cabo un congreso de brujos,
Eso es lo que era
En la cima de las colinas de lava
al norte de Cañoncito
se juntaron
para jugar en las cuevas
con sus pieles animales.
El zorro, el tejón, el lince y el lobo
rodeaban el fuego
y a la cuarta vuelta
saltaban en su pieles de animales.

Pero esta vez no fue suficiente
y uno de ellos
quizás un sioux o algún esquimal
comenzó a alardear.
“Eso no fue nada,
Miren esto.”

Literatura Norteamericana

Así es como comenzó la lid.
Entonces algunos de ellos levantaron las tapas
de sus grandes ollas,
llamando al resto
a echar una mirada:
bebés muertos en sangre a hervor lento
círculos de cráneos cortados
extraídos los sesos.
Medicina de brujos
a secar y moler en polvo
para nuevas víctimas.

Otros desataron atados de cuero de objetos asquerosos:
Pedernales oscuros, brasas de chozas quemadas donde
yacen los muertos
Remolinos de piel
Cortes de yemas de dedos
Rebanadas de penes y puntas de clítoris.

Finalmente hubo sólo uno
Que no alardeó de sus hechizos y poderes.
El brujo se quedó en las sombras más allá del fuego
y nadie nunca supo de dónde provenía este brujo
de qué tribu
o si era mujer u hombre.
Pero lo importante fue
que este brujo no alardeó de oscuros carbones tronadores
o abalorios del tamaño de hormigueros.
Éste sólo les dijo que escucharan:
“Lo que tengo es una historia.”

Al comienzo todos rieron
pero este brujo dijo:
Okay
sigan
ríanse si quieren
pero mientras cuente la historia
comenzará a ocurrir.

*Puesta ahora en movimiento
puesta en movimiento por nuestra brujería
para que obre por nosotros.*

*Cavernas a través del océano
en cavernas de colinas oscuras
gente de piel blanca
como la panza del pescado
cubiertos de pelo.*

*Entonces se alejaron de la tierra
Luego se alejaron del sol
Luego se alejaron de las plantas y los animales.*

Literatura Norteamericana

*No ven vida
cuando miran
solo ven objetos.
El mundo es una cosa muerta para ellos
los árboles y los ríos no están vivos
las montañas y las piedras no están vivas.
El ciervo y el oso son objetos
No ven vida.*

*Tienen miedo
Le tienen miedo al mundo.
Destruyen lo que temen.
Se temen a sí mismos.*

*El viento los soplará a través del océano
Miles de ellos en botes gigantes
Pululando como larvas
fuera de hormigueros aplastados.*

*Traerán objetos
con los que pueden disparar a muerte
más rápido que los que puede ver el ojo.*

*Matarán las cosas que temen
todos los animales
la gente se morirá de hambre.*

*Envenenarán el agua
se llevarán el agua en remolinos
y habrá sequía
la gente se morirá de hambre.*

*Tendrán miedo de lo que van a encontrar
Le tendrán miedo a la gente
Matan lo que temen.*

*Aldeas enteras serán arrasadas
Aniquilarán tribus completas
Cadáveres para nosotros
Sangre para nosotros
Matar matar matar matar.*

*Y aquellos a quienes no maten
morirán de todas maneras
ante la destrucción que vean
ante la pérdida
ante la pérdida de sus hijos
la pérdida destruirá al resto.*

*Ríos y montañas robados
la tierra robada se comerá sus corazones
y arrancará sus bocas de la Madre.*

Literatura Norteamericana

La gente se morirá de hambre.

*Traerán enfermedades terribles
que la gente nunca ha conocido.*

*Tribus enteras morirán
cubiertas de llagas supurantes
cagando sangre
vomitando sangre.
Cadáveres por nuestro obrar*

*Puesto en movimiento ahora
puesto en movimiento por nuestra brujería
puesto en movimiento
para obrar por nosotros.*

*Tomarán el mundo de océano a océano
se volverán unos contra otros
se destruirán unos a los otros
Aquí arriba
En estas colinas
Encontrarán las rocas,
rocas con venas verdes y amarillas y negras.
Prepararán el diseño final con estas rocas
lo llevarán al mundo
y todo estallará.*

*Puesto en movimiento
Puesto en movimiento
Para destruir
Para matar
Los objetos que obran por nosotros
Los objetos que actúan para nosotros
Haciendo brujerías
para hacer sufrir
para atormentar
para el nacido muerto
el deforme
el estéril
el muerto*

*Girando en remolinos
Girando en remolinos
Girando en remolinos
Girando en remolinos
puesto en movimiento ahora
puesto en movimiento.*

*Así los otros brujos dijeron
“Okay, tú ganas; te llevas el premio,
Pero lo que dijiste recién—
no es tan divertido
no suena tan bien.*

Literatura Norteamericana

Estamos bien sin ello
Podemos pasarla bien sin ese tipo de cosas.
Retíralo.
Desdice esa historia.”

Pero el brujo dijo no con la cabeza
A los otros en sus apestosos cueros de animal, piel y plumas.
Ya ha sido soltado.
Ya están en camino.
No se lo puede desdecir.

El hombre que envíe nubes de lluvia

Lo encontraron bajo un álamo virginia. Su campera y pantalones Levi eran azul claro desteñido de modo que fueron fáciles de ubicar. El gran álamo se hallaba alejado de un bosquecito de álamos sin hojas que crecían en el arroyo⁵ ancho y arenoso. Había estado muerto por un día o más, y las ovejas vagaban y se desperdigaban por el arroyo. León y su cuñado, Ken, juntaron las ovejas y las dejaron en el corral en el campamento antes de volver a la alameda. León esperó bajo el árbol a que Ken llevara la camioneta a través de la arena al borde del arroyo. Frunció los ojos al sol y se abrió la campera—hacía calor para esa época del año. Sin embargo arriba de las montañas azules al noroeste había nieve todavía. Ken bajó unas cincuenta yardas haciendo eses por la orilla baja que se deshacía y traía la manta roja.

Antes de envolver al viejo, León sacó un pedazo de cuerda de su bolsillo y ató una plumita gris al largo pelo cano del viejo. Ken le pintó la cara. Le trazó una raya de blanco en la arrugada frente morena y le trazó una tira de pintura azul en las mejillas. Se detuvo y miró cómo Ken arrojaba harina de maíz y polen al viento que hacía revolotear la plumita gris. Luego León pintó con amarillo debajo de la ancha nariz del viejo, y finalmente, cuando terminó de pintar de verde el mentón, sonrió.

“Mándanos nubes de lluvia, Abuelo.” Pusieron el atado en la caja de la camioneta y lo cubrieron con una lona gruesa impermeable antes de volver al pueblo.

Se dirigieron a la carretera por un camino vecinal arenoso. No mucho después de pasar por el almacén y la oficina de correos vieron venir el auto del Padre Paul. Cuando él reconoció sus caras aminoró el auto y les indicó con la mano que se detuvieran. El joven cura bajó la ventanilla del auto.

“¿Encontraron al viejo Teófilo?”, preguntó en voz alta.

León detuvo la camioneta. “Buen día, Padre. Recién estuvimos en el campamento. Ya todo está bien.”

“Gracias a Dios por eso. Teófilo es un hombre ya muy viejo. Ustedes no deberían dejar que se quede solo en el campamento.”

“No, ya no lo hará más.”

“Bien, me alegra que lo entiendas. Espero verte en la misa esta semana—te extrañamos el domingo pasado. Fíjate si puedes hacer que Teófilo vaya contigo.” El cura sonrió, los saludó con la mano y ellos siguieron.

Louise y Teresa esperaban. La mesa puesta para el almuerzo, y el café hirviendo en la estufa de hierro negro. León miró a Louise y luego a Teresa.

“Lo encontramos bajo un álamo en el arroyo grande cerca del campamento. Supongo que se sentó a descansar a la sombra y nunca se levantó.” León fue a la cama del viejo. El chal rojo a cuadros ya estaba sacudido y extendido con cuidado sobre la cama, y una camisa de franela nueva y un par de Levis nuevos y rígidos estaban doblados junto a la almohada. Louise sostuvo la puerta mosquitera mientras León y Ken entraban la manta roja. Él parecía pequeño y marchitado, y luego de que lo vistieron en su nueva camisa y pantalones pareció más encogido.

Ya era el mediodía porque las campanas de la iglesia tocaron el Ángelus. Comieron habas con pan caliente, y nadie dijo nada hasta que Teresa sirvió el café.

⁵ En español en el original.

Literatura Norteamericana

Ken se puso de pie y se colocó el sombrero. “Voy a ver a los sepultureros. Sólo la capa de arriba del suelo está congelada. Creo que puede estar listo antes de que oscurezca.”

León asintió con la cabeza y terminó su café. Al rato de que Ken se hubiera ido, los vecinos y la gente del clan llegaron en silencio a abrazar a la familia de Teófilo y dejar comida sobre la mesa porque los sepultureros tendrían que comer cuando hubieran terminado.

El cielo al oeste estaba pleno de luz amarilla pálida. Louise estaba afuera con las manos en los bolsillos de la campera verde del ejército de León que le quedaba demasiado grande. Ya había terminado el funeral, y el viejo había tenido sus velas y sus bolsas de medicina y se había ido. Ella esperó hasta que el cuerpo estuvo en la camioneta antes de decirle algo a León. Le tocó el brazo, y él notó que las manos de ella todavía tenían polvo de la harina de maíz que había esparcido alrededor del viejo. Cuando habló, León no la pudo oír.

“¿Qué dijiste? No te escucho.”

“Dije que estuve pensando en algo.”

“En qué”

“Que el cura le asperje agua bendita al Abuelo. Para que no tenga sed.”

León miró los mocasines nuevos que Teófilo había confeccionado para las danzas ceremoniales del verano. Estaban casi ocultos bajo la manta roja. Se estaba poniendo frío, y el viento empujaba el polvo gris por el angosto camino vecinal. El sol se acercaba a la mesa larga donde desaparecía durante el invierno. Louise se quedó ahí temblando y mirando su rostro. Luego él se subió el cierre de la campera y abrió la puerta de la camioneta. “Voy a ver si está.”

Ken detuvo la camioneta en la iglesia, y León se bajó; y luego Ken manejó colina abajo donde esperaba la gente. León golpeó a la vieja puerta labrada con los símbolos del Cordero. Mientras esperaba miró arriba a las campanas gemelas del rey de España con la última luz del sol derramándose alrededor de ellas por la torre.

El cura abrió la puerta y sonrió cuando vio quién era. “¡Entra! ¿Qué te trae esta noche?”

El cura se dirigió a la cocina, y León se quedó con la gorra en la mano, jugando con los bordes y examinando el living—el sofá marrón, el sillón verde, y la lámpara de bronce que colgaba de una cadena del cielo raso. El cura arrastró una silla de la cocina y se la ofreció a León.

“No gracias, Padre. Sólo vine a pedirle si pudiera llevar agua bendita a la tumba.”

El cura se dio vuelta alejándose de León y miró por la ventana al patio lleno de sombras y las ventanas del salón comedor del claustro de las monjas del otro lado del patio. Las cortinas eran pesadas, y la luz desde dentro apenas pasaba; resultaba imposible ver a las monjas dentro cenando. “¿Por qué no me dijiste que estaba muerto?” Podría haberle dado la Extremaunción.”

León sonrió. “No era necesario, Padre.”

El cura se miró los mocasines marrones raspados y el dobladillo gastado de la sotana. “Para un entierro cristiano lo es.”

Su voz era distante, y León pensó que sus ojos azules parecían cansados.

“Está bien, Padre, sólo queremos que tenga mucha agua.”

Literatura Norteamericana

El cura se hundió en el sillón verde y levantó una revista misionera lustrosa. Pasó las páginas coloreadas llenas de leprosos y paganos sin mirarlas.

“Tú sabes que no puedo hacer eso, León. Tendría que haber hecho la Extremaunción y una misa de funeral por lo menos.”

León se puso la gorra verde y se levantó las solapas. “Se hace tarde, Padre. Tengo que irme.”

Cuando León abrió la puerta el Padre Paul se levantó y dijo: “Espera.” Dejó la habitación y volvió vestido con un grueso sobretodo marrón. Lo siguió a León por la puerta y a través del patio en penumbras hasta los escalones de adobe al frente de la iglesia. Ambos se agacharon para pasar por la entrada de adobe. Y cuando salieron para la colina hacia la tumba sólo medio sol era visible por encima de la mesa.

El cura se acercó a la tumba despacio, preguntándose cómo se las habían ingeniado para cavar el suelo congelado; y luego recordó que esto era Nuevo México, y vio una pila de suelo frío suelto junto al hoyo. Toda la gente estaba parada cerca largando nubecitas de vapor saliéndoles de la cara. El cura los miró y vio la pila de camperas, guantes, y bufandas entre los arbustos amarillos y secos que crecían en el cementerio. Miró la manta roja, no seguro de que Teófilo fuera tan pequeño, preguntándose si este no era otro truco perverso de los indios—algo que hacían en marzo para asegurar una buena cosecha—preguntándose si quizás el viejo Teófilo estuviera realmente en el campamento metiendo las ovejas en el corral. Pero allí estaba él, al viento seco y frío y frunciendo los ojos a la última luz del sol, listo para enterrar una manta roja mientras los rostros de los parroquianos permanecían en la oscuridad con la última calidez del sol en sus espaldas.

Tenía los dedos entumecidos, y le llevó un rato largo desenroscar la tapa del frasco de agua bendita. Las gotas de agua caían sobre la manta roja y empapaban oscuros puntitos de hielo. Asperjó la tumba y el agua desaparecía casi antes de tocar la arena oscura y fría; le recordó algo—trató de recordar qué, porque pensó que si pudiera recordarlo podría entender todo esto. Asperjó más agua; sacudió el frasco hasta que se vació, el agua caía a través de la luz del anochecer como lluvia de agosto que cae mientras el sol todavía brilla, casi evaporándose antes de que tocara las flores marchitas de calabaza.

El viento empujaba la sotana franciscana marrón del cura y hacía remolinos con la harina de maíz y el polen que había sido esparcido sobre la manta. Bajaron el atado al suelo, y no se molestaron en desatar los rígidos trozos de cuerda nueva con que habían atado los extremos de la manta. Ya no había sol, y sobre la carretera el sendero que va al este estaba lleno de luces de autos. El cura se alejó lentamente. León lo vio subir la colina, y cuando hubo desaparecido en las altas y gruesas paredes, León se dio vuelta para mirar hacia las altas montañas azules en la nieve profunda que reflejaba una tenue luz roja desde el oeste. Se sintió bien porque ya todo había terminado, y estaba feliz por el agua bendita; ahora seguro que el viejo podría enviarles grandes nubes tronadoras.

“Acabo de darle al gallo una banana (tomado de una carta)”

Acabo de darle al gallo una banana ennegrecida que encontré en el refrigerador. Últimamente, ha estado perdiendo las plumas amarillentas de su cogote, y me temo que podría ser que no está comiendo lo suficiente. Pero supongo que puede ser también su malicia—es el gallo de todas las historias de gallos que me contó mi abuela—el gallo que esperaba dentro del granero las mañanas de invierno cuando todavía estaba oscuro y mi abuela se acababa de casar e iba a ordeñar la vaca de su suegro. El gallo esperaba y la emboscaba justo cuando ella creía que estaba a salvo. Fue una reacción refleja la mañana que él saltó para arañarla con sus espolones y ella interpuso el balde de ordeñar. Él se desplomó y no se movía, y mientras ordeñaba la vaca se preguntaba todo el tiempo cómo le podría contar a su suegro, mi bisabuelo, que había matado su gallo. Llevó la leche adentro y él ya estaba tomándose el café. (Era un anciano por entonces, el anciano blanco que había llegado de Ohio y se había casado con mi bisabuela de la aldea de Pagate al norte de Laguna.) Le dijo que no había tenido la intención de matar al gallo pero que el balde lo golpeó muy fuerte. Me contaron que mi bisabuelo era una persona muy gentil. Y la abuela Lillie contó que esa mañana le dijo que no se preocupara, que él ya sabía que el gallo era muy malicioso. Pero cuando salieron juntos al granero, a disponer del gallo muerto, ahí estaba él en el corral. Demasiado malicioso para morir, dijo la Abuela. Sin embargo, después de eso, el gallo la dejó tranquila cuando salía a ordeñar la vaca.

Hay todo tipo historias de gallos que uno puede oír. Estoy contenta de tener este gallo porque nunca creí que los gallos fueran como se cuenta de ellos en las historias. En estos días calurosos de Tucson, escarba un nido pequeño en la tierra húmeda debajo del árbol de lima mexicana al lado de la puerta. Le es imperativo que los gatitos y el gato negro le muestren respeto, incluso deferencia, dando una vuelta o tomando un desvío para acercarse al plato de agua que también está debajo del árbol de lima. Si no lo hacen así, entonces él salta y les estampa las patas moviéndose de costado hasta que ellos muestren respeto. Una vez hecho esto, vuelve a su nido de barro.

Nos tiene a todos tomándonos el trabajo de andar con cuidado a su alrededor, dudosos de darle la espalda, excepto la perra negra vieja. Ella no le permite a nadie, ni siquiera al gallo, acercarse entre ella y su plato de comida. El gallo hace que no se da cuenta de su falta de interés; hace como que acaba de comer cuando ella se acerca.

La señora del almacén tuvo que regalarlo. Era su mascota y la dejaba levantarlo y acariciarlo. Pero lo hombres que venían a comprar heno se pusieron a molestarlo y él empezó a atacar a todos los clientes del almacén. Ella tuvo miedo de que lastimara a algún chico. Entonces me lo llevé y le dije a ella que no sabía cuánto tiempo duraría aquí en el rancho porque había coyotes por todos lados en las montañas de Tucson. No esperé que durara ni siquiera una semana. Pero eso fue en junio y ahora es octubre. Quizás sea su malicia después de todo lo que mantiene lejos a los coyotes, lo que hace que se le estén cayendo las plumas.

De una carta a James A. Wright, Otoño de 1978

Sin embargo a veces lo que llamamos “memoria” y lo que llamamos “imaginación” no son tan fáciles de distinguir.

Literatura Norteamericana

Sé que la tía Susie y la tía Alice me contaban historias que ya me habían contado antes pero con cambios en los detalles y las descripciones. La historia era lo importante y los pequeños cambios aquí y allá eran realmente parte de la historia. Había incluso historias acerca de las diferentes versiones de las historias y cómo se imaginaban que surgían esas versiones diferentes.

He oído a contadores comenzar. “La manera en que lo oí fue...” y luego proseguían con otra historia, supuestamente una versión de una historia que acababan de contar pero la historia que contaban era una historia completamente aparte, una nueva historia con integridad propia, un retoño, una parte de la continuidad que debe ser el contar historias. Recientemente, la abuela Lillie contó que hace años cuando salía a ordeñar la vaca del bisabuelo Marmon y el gallo viejo y malicioso la atacó, ella agarró una piedra y lo golpeó y lo mató. Le dije que creía recordarle decir que el gallo había quedado sin sentido, no muerto. “No”, dijo, “Saltó en la oscuridad con sus zarpas hacia mí. Me asustó tanto que levanté una piedra grande y lo golpeé en la cabeza y lo maté. Tenía miedo de contarle al abuelo Marmon, pobre, era un anciano tan agradable.” Finalmente los coyotes atraparon a Gallo también. Habían estado merodeando cerca de la casa por mucho tiempo—deben haber sido cuatro—uno para distraer a la perra negra y el cachorro, y los otros tres para atrapar a las gallinas. Casi no quedó rastro de que hubiese habido dos pequeñas gallinas en el rancho. Tuve que buscar por mucho tiempo hasta que encontré una pluma blanca. Pero Gallo había peleado ferozmente y frente a la casa había cuatro pilas de sus plumas verde oscuro y negras. Los coyotes no perdieron nada. No había rastros de sangre, nada en absoluto, sólo las plumas. Luego esa tarde el viento sopló polvo y unas pocas gotas de lluvia. Las plumas se esparcieron colina abajo quedándose enganchadas en las malezas debajo de los arbustos de creosota y los árboles de palo verde. No había nada que enterrar; fue como si Gallo hubiese desaparecido así como así.

Ha habido otras veces en que desaparecía y yo lo buscaba por todos lados—bajo el arbusto grande de joba que le gustaba, o a la sombra del porche y cerca del molino. Una tarde incluso lo busqué a caballo porque estaba segura que no estaba cerca de la casa. Mucho más tarde ese día simplemente reapareció. El verano pasado estaba en la cocina conversando con Denny cuando de repente sentí que no estábamos solos—una extraña sensación acerca del rancho que está a millas del pueblo. Nos fijamos en la puerta delantera y las otras habitaciones. Finalmente fui a mirar por la ventana de la cocina. El gallo estaba parado sin moverse debajo del mosquitero de la ventana escuchándonos. Vi que la fiereza de sus ojitos amarillos era deliberada.

Han pasado semanas ahora, pero esta mañana salí y había una pluma junto a la puerta. Es lustrosa y suave; sus colores son vívidos—verde esmeralda moteada de dorado.

LESLIE MARMON SILKO NARRADORA.....	1
NARRADORA (STORYTELLER)	1
MUJER AMARILLA	11
CONTAR HISTORIAS (STORYTELLING)	18
LA HISTORIA DE TONY	21
“HACE MUCHO TIEMPO...”	26
EL HOMBRE QUE ENVÍE NUBES DE LLUVIA	31
“ACABO DE DARLE AL GALLO UNA BANANA (TOMADO DE UNA CARTA)”	34